

UNA NAVIDAD PERFECTA



Darío Cerdán Álvarez



Hoy me he levantado muy contento. Es Navidad, mi día favorito del año, porque hay regalos y no hay cole. Además, es mi primer año en la ESO y me está costando sacar buenas notas. Hoy, al menos, podré disfrutar todo el día con mi hermana Maeve.

Maeve me saca cuatro años y sabe mucho. Aun así, casi siempre soy yo el que tiene que hacer las cosas. He preparado tostadas con mantequilla para desayunar; hoy me lo merezco. Desde hace tiempo me hago el desayuno solo, porque por las mañanas casi siempre estamos solos en casa. Como cada año, Maeve y yo iremos al Gran Plaza a comprar la decoración y la cena para cuando llegue papá de trabajar. Yo ya sé mirar precios y calcular lo justo para que el dinero alcance.

Me he puesto mi sudadera favorita de *Spiderman*, pero mi hermana me ha dicho que me abrigue más, que estamos en diciembre. Ojalá tener un abrigo chulo.

Hemos viajado en metro. Dentro, le dimos dinero a un chico que se paseaba entre vagones vendiendo pañuelos. Nadie debería trabajar en Navidad. Cuando lle

gamos al centro comercial había mucho ruido y la gente corría de un lado a otro. Yo estaba tranquilo, porque iba con Maeve. Entramos en varias tiendas buscando luces de Navidad que no costasen mucho, para que papá no se enfadara. Encontramos unas de muchos colores, muy bonitas. Quedarían perfectas con las servilletas y el mantel de papel que también compramos.

Para cenar queríamos hacer nuestro plato favorito: macarrones con tomate y chorizo. Es una receta de papá que nunca nos ha querido decir de dónde la sacó. Para mí, es el mejor plato del mundo.

Al pasar por delante de las consolas me quedé mirando la PlayStation 4. Todos mis amigos estarían jugando ahora mismo. Era el cuarto año que la pedía por Navidad, pero Santa Claus decía que no era buena para los niños. Maeve se dio cuenta de cómo la miraba. Me dijo que era el regalo perfecto y me la dio. Después de tanto tiempo, me la merecía. Ya era hora de ser un niño como los demás.

Salí de la tienda muy contento. Sin embargo, algo había cambiado. La gente ya no corría tanto; parecía más pendiente de lo que pasaba a su alrededor. Maeve me tocó el hombro, como cuando jugábamos al pillapilla, y

salió corriendo. La seguí hasta el metro, hasta quedarme sin energía. Además, no quería estropear mi regalo.

Cuando llegamos a casa eran las cinco. Teníamos tiempo de sobra para decorar la casa, hacer la cena y jugar un rato. Mientras yo colocaba las luces, Maeve empezó a configurar la consola. Al cabo de un par de horas me dijo que no sabía muy bien cómo iba aquello.

Limpié la cocina y la habitación de papá para que estuviera contento al llegar. No es algo raro para mí: en casa aprendí pronto que las cosas no se hacen solas. Luego jugué un rato con Maeve. Perdió todas las partidas; creo que se dejó para hacerme feliz. Yo quería que jugara bien, pero no me podía quejar. Tenía mucha suerte. No creo que nadie tenga una hermana tan buena como la mía.

Dos horas después apareció papá por la puerta. Yo ya había mirado el reloj varias veces, como hacen los mayores cuando esperan. Venía manchado de escombros, como siempre. Parecía más cansado de lo normal, pero no le pregunté nada. Sin embargo, apenas acabamos la cena, sonó un fuerte timbrazo.

“Cuando llegué a casa vi la mesa puesta, con un mantel

rojo lleno de arbolitos de Navidad. Eric, mi hijo, había preparado macarrones con tomate. La casa estaba limpia y ordenada. Es difícil no sentirse orgulloso al ver a un hijo tan responsable”, escuché que decía mi padre en el rellano de la puerta. Aquel hombre lo interrumpió con una pregunta que no alcancé a escuchar o a entender. Me acerqué un poco más sin que me vieran. Papá le respondía: “Durante la cena me habló de la tarde. Dijo que había estado jugando con una consola nueva. Le pregunté de dónde la había sacado y me dijo que era un regalo. Asentí, aunque es cierto que algo no encajaba”. Aquel hombre ¡era policía! Le daba instrucciones a Papá. Debíamos pagar el valor de la consola. Maeve y yo debíamos también pedir disculpas.

Mientras tanto, yo miraba desde el pasillo. No dije nada. Sujetaba el mando con fuerza, aún quería seguir jugando.

El agente mencionó que no era la primera vez que esto sucedía. Habló de la posibilidad de avisar a servicios sociales. Escuché en silencio. Cuando se fueron, la casa quedó en calma. Recogí la mesa sin que papá me lo pidiera. Me moví por el salón, concentrado, pensando, como si alguien más caminara a mi lado.

Papá y yo nos miramos a lo lejos. A pesar de que no había

sido la manera correcta de traernos la PlayStation de mis sueños, para mí, aquella había sido una Navidad perfecta, con el regalo perfecto que tanto ansiaba y merecía.



Selecciones:

Voz: Narrador homodiegético con perspectiva pasando por el protagonista

Macromodelo de Mundo Realista: Tipo II - ficcional, mimético y verosímil